

Francisco de Quevedo, *Anacreón castellano*, edición crítica y anotada de Elena Gallego Moya y J. David Castro de Castro, Anexo 11 de la Revista Janus, Seminario Interdisciplinar para el Estudio de la Literatura Áurea Española (SIELAE), A Coruña, 2018, 561 pp.

Bajo el paraguas de un ambicioso proyecto de investigación vinculado a la Universidad de Murcia y dedicado a la edición de tres obras, de aliento y espíritu claramente humanista, de Francisco de Quevedo (la que aquí se edita y otras dos más que han visto la luz también en el año 2018¹), los profesores Elena Gallego Moya y J. David Castro de Castro nos ofrecen un concienzudo y modélico trabajo de indagación filológica que, como ahora comentaremos, va más allá de la mera edición del texto quevediano –algo que ya de por sí entraña una ingente laboriosidad y enjundia–, pues entre sus objetivos –y resultados obtenidos– se encontraba la intención de identificar perfecta y completamente la multitud de referencias y citas a los inúmeros textos clásicos mencionados por Quevedo que aún no habían sido registradas por las ediciones anteriores del *Anacreón*, aunque esta que reseñamos ofrece bastantes más cosas diferenciales con respecto a ellas que solo eso.

Las vicisitudes de lo que, en un principio, fue el objetivo marcado en el mencionado proyecto y el derrotero final por el que discurrió la investigación que el grupo de trabajo de este llevó a cabo –y en especial, los autores de la presente edición– están expuestas en las palabras preliminares (“Al lector”, pp. 11-14). Ahí se explica el proceso de investigación que, a medida que iba avanzando en su ejecución, fue ampliando sus metas hasta llegar a pergeñar el riguroso y ambicioso plan de trabajo que ha cristalizado en este libro, pues la tarea no solo ha consistido en publicar, tras la preceptiva revisión, la mejor de las últimas ediciones del *Anacreón* (la de Blecua de 1981) incorporando la identificación de los textos antiguos citados por Quevedo (además de sumar, como se habían propuesto, el texto griego que el poeta madrileño parafrasea en su traducción de las odas de Anacreonte a partir de la edición de Stephanus y las versiones latinas del propio Stephanus y de Andreas que posiblemente utilizó en la suya), sino que ha devenido en un hercúleo trabajo de colación de los manuscritos y ediciones que transmiten la obra para alumbrar un nuevo texto al que se suma todo lo anteriormente citado más el correspondiente comentario que, por estar contenido en las notas a pie de página, parece menos importante de lo que realmente es: una herramienta de inestimable valor para comprender mejor y evaluar

¹ Se trata de la *España defendida* (cuya edición ha corrido a cargo de los profesores F. Moya del Baño y J. C. Miralles Maldonado) y las *Lágrimas de Jeremías* (editada por las profesoras M. del Amo Lozano y M. Ruiz Sánchez). Ambas ediciones han sido publicadas también como Anexos (10 y 12, respectivamente) de la revista digital Janus y, al igual que la que aquí nos ocupa, pueden consultarse tanto en línea (<https://www.janusdigital.es/anexos.htm>) como en su versión impresa. La edición que reseñamos está disponible concretamente en la URL: <https://www.janusdigital.es/anexo.htm?id=15>.

óptimamente, entre otras cosas, la cuestión del humanismo de don Francisco, es decir, su forma de leer e interpretar los textos clásicos.

El libro cuenta con tres partes bien diferenciadas; una primera para desarrollar la Introducción al autor y la obra editada, una segunda para dar cabida a la edición propiamente dicha del texto del *Anacreón* y una tercera para recoger varios apéndices de uso necesario y útil, como es el caso del aparato crítico –relegado a este lugar por cuestiones prácticas y de operatividad– y del texto de las versiones francesa (la de Bellau) y latina (la de Lubinus) que completan la constelación de textos auxiliares que manejó Quevedo para la confección de su obra.

En la Introducción (pp. 17-114) se procede a ir de lo más general a lo más concreto, comenzándose por una breve semblanza del “género” de la anacreóntica en la Antigüedad (esto es, de cómo se pasó de la práctica lírica de Anacreonte, de cuya obra conservamos fragmentos transmitidos indirectamente, a la conformación de un tipo de poesía fundamentada en la temática y el estilo del autor hasta el punto de serle atribuido un corpus nada desdeñable de composiciones que han sido transmitidas por distintas colecciones) para pasar acto seguido a trazar un breve panorama de la actividad editorial en torno a ellas durante los siglos XVI y XVII. En este caso, se da cuenta de las ediciones del texto de Anacreonte (la del humanista francés Henricus Stephanus o Henri Estienne de 1554 y sus sucesivas ampliaciones –como la de 1560 que incorpora algunas modificaciones y odas no traducidas anteriormente–) y de las traducciones latinas, más o menos completas, del propio Stephanus, de Helias Andreas o Élie André (de 1555) y de Lubinus o Eilhard Lübben (de 1597), y de la francesa del poeta de la Pléiade Rémy Belleau (1556), aparte de la que pudo hacer el Conde de Haro (que Quevedo parece no haber utilizado) y de la de Villegas, firmada en 1618 y, por tanto, posterior a la del poeta madrileño.

El siguiente epígrafe de la introducción nos lleva, yendo también de lo general a lo particular, a la obra editada, tratándose en estas páginas cuestiones como la del lugar que ocupa el *Anacreón castellano* en la producción quevediana, su estructura y características principales –algo necesario para entender la disposición de la edición que aquí se nos ofrece–, su difusión e influencia y también la debatida cuestión de si Quevedo sabía más o menos griego teniendo en cuenta su formación humanística, aspecto este que los editores zanján, después de valorar las distintas opiniones de la crítica, optando por una solución intermedia que los lleva a aceptar que don Francisco tenía unos “conocimientos –medianos– de griego” y que el servirse de traducciones en latín “le ayudaba a entender mejor el texto” (p. 38), toda vez que, lógicamente, sus traducciones parafrásticas no lo obligaban a ser literal y le permitían escamotear los supuestos errores de interpretación que cometiera.

Estos dos breves apartados van seguidos de la que es, quizá, la parte más importante de la introducción y aquella en la que la aportación de los editores es más contundente: la redacción y la transmisión de la obra editada (pp. 42-95). Como ahí se explica, el texto del *Anacreón* es el resultado de un prolongado proceso de elaboración por parte de Quevedo, que escribió esta obra, sucesivamente retocada y pulida por él, entre la primera década y mediados del siglo XVII –aunque una primera versión, como se deduce por la dedicatoria al Duque de Osuna, debió de estar terminada en 1609, bien que no conoció una edición impresa hasta la de Sancha del año 1794–, circulando en distintas copias que conocieron una cierta difusión, hecho este que explica, como indican los editores, las notables diferencias que hay entre los manuscritos –al menos, algunos de ellos– que la transmiten (pp. 68-69). Esta cir-

cunstancia hace ver la complejidad del trabajo llevado a cabo por cuanto que el texto que aquí se edita procura reconstruir en la medida de lo posible esos distintos estados o redacciones del texto de Quevedo que los editores cifran en seis en función de los manuscritos examinados (pp. 69-79). Obviamente, antes de estas consideraciones, se dedica un apartado previo al estudio del texto transmitido del que estamos hablando: se trata de la completa descripción de dichos testimonios manuscritos (nueve en total) que incluye no solo la identificación de su contenido, sino también una sucinta, pero perfectamente útil, información de sus características codicológicas y paleográficas, además de identificar su procedencia y la historia de su periplo por distintas bibliotecas antes de recalar en las que se encuentran en la actualidad (pp. 42-67). De todos estos ejemplares (de los que seis se hallan en España —cuatro en la Biblioteca Nacional y dos más en la Biblioteca de la Fundación Bartolomé March y en la de Castilla-La Mancha, la antigua Biblioteca Provincial de Toledo—, uno en el British Museum de Londres y otro más en la Biblioteca Pública de Évora) destaca el notado en la presente edición con la sigla N y que se corresponde con un manuscrito guardado en la Biblioteca Nacional de Nápoles, que, a juicio de los editores y al margen de la importancia que tiene para la literatura española del Siglo de Oro, es el mejor testimonio para la reconstrucción del texto del *Anacreón* por presentar traducciones y lecturas únicas que no se encuentran en los demás, de ahí que haya sido el manuscrito base de la edición, aunque, según indican y se deduce por el estudio de las variantes presentes en el conjunto de la tradición manuscrita de la obra que han llevado a cabo en el análisis de las distintas redacciones de la obra mencionado antes —especialmente en pp. 79-80, en las que se establecen las relaciones estemmáticas que permiten concluir la existencia de dos familias de manuscritos—, ofrece no pocas coincidencias con los otros testigos.

Tras el repaso de la transmisión manuscrita de la obra se hace un idéntico análisis de las ediciones aparecidas hasta la fecha (pp. 81-95), desde la primera de A. de Sancha de 1794 mencionada antes hasta la de A. Blecua del año 1981, pasando por las de F. Janer (1877), A. Fernández-Guerra —con notas de Menéndez Pelayo— (1903), L. Astrana Marín (1943) y F. Buendía (1967), sustituta de la anterior en la editorial Aguilar. No se trata, lejos de lo que pudiera parecer por nuestras palabras, de una simple recensión de cada una de ellas sin mayor análisis crítico, sino que se valoran también las aportaciones que incorporan al texto de Quevedo tratando de identificar el manuscrito o manuscritos base —cuando procede— seguidos en cada caso. La prueba de este escrutinio paralelo al realizado en la colación de los testimonios manuscritos puede verse también en el aparato crítico que sigue, como decíamos al principio, al texto editado.

Una vez cumplida la tarea de explicación del trabajo llevado a cabo para alumbrar el *Anacreón* que aquí se nos ofrece (labor que parece pequeña por el espacio a ella concedida —apenas noventa páginas—, pero que es enorme por el esfuerzo realizado hasta llegar aquí), los editores dan cuenta de los criterios seguidos en su edición que sirven no solo para justificar sus decisiones crítico textuales, sino también para ayudar al lector en la comprensión de la multitud de textos —confrontados o dispuestos de forma paralela en las páginas correspondientes— que jalonan la traducción, con sus pertinentes apartados previos, de don Francisco (pp. 95-113).

La edición propiamente dicha (pp. 115-427) ofrece la síntesis de todo lo que hemos glosado con anterioridad; contiene el texto más completo de la presente obra quevediana, aportando el texto griego seguido por el poeta madrileño (el editado

por Stephanus) y las traducciones latinas que pudieron servir de apoyo a la labor del autor (la del propio Stephanus y la de Andreas). Como también ya hemos dicho, la versión de Quevedo está sostenida por un amplio y extenso aparato de notas a pie de página que explican muchas cuestiones colaterales al texto editado –y a las obras que lo han ayudado en su versión– y, sobre todo, contienen la identificación de las referencias a textos y autores clásicos que hasta esta edición no habían sido registradas en su totalidad. Más que una mera anotación al uso, esta importante parte del texto editado supone un detallado comentario de la obra de Quevedo, tremendamente útil para los estudiosos de su obra y también para los que se asoman a la tradición clásica en general.

Como complemento a la edición del texto del *Anacreón*, los editores han incorporado cuatro Apéndices (más la Bibliografía) que, en unos casos, prolongan de alguna manera la labor crítica realizada sobre el texto propiamente dicho (así los relativos al aparato crítico y a las traducciones latina –la de Lubinus– y francesa –la de Bellau– que ocasionalmente utilizó Quevedo) y, en otros, lo hacen con respecto al comentario presente en las notas que acompañan a la obra editada (el Glosario de nombres propios y el Índice onomástico que permite localizar en este libro a los autores, personajes del mito y lugares citados en él).

Podemos concluir, pues, este recorrido por los aspectos más visibles, de momento, de la labor que han realizado los profesores Gallego Moya y Castro de Castro –pues la utilidad real de su obra, que auguramos ciertamente grande, la dictaminarán los estudiosos que en un futuro se sirvan de su empeño y generosidad científica– señalando que estamos ante un modélico trabajo de Filología que, fundamentado en el buen hacer y la experiencia de sus autores y en el gran esfuerzo realizado para decantar en este libro toda la información relativa a esta compleja obra (para lo cual han tenido que mirar indistintamente a lo griego y a lo latino, como es de rigor en el ámbito de la Filología Clásica –aunque hoy esté un poco descuidado ese bifrontismo de nuestros estudios–, y también a lo hispánico), ofrece una edición completa en todos sus aspectos de una obra que atañe por derecho propio al ámbito de la literatura española, pero también, como aquí se demuestra, al de los estudios clásicos, confirmando con ello la necesidad de colaboración entre las distintas especialidades que se acercan, desde un pasado más o menos lejano, a esos grandes autores de la literatura que cimentaron algunas de sus obras en el legado más prestigioso que procede de Grecia y de Roma. El *Anacreón* de Quevedo es, como aquí y en el caso de las otras dos ediciones mencionadas al principio de nuestra reseña se demuestra, un buen ejemplo de ello.

Juan Luis Arcaz Pozo
Universidad Complutense de Madrid
arcaz@ucm.es